Con "M" de Mujer

J. A. Gómez

Capítulo 1

Hola, tengo nombre de mujer y corazón alborotado; también de mujer. Hace algún tiempo descubrí cierta necesidad por ser otra persona diferente y llevar otra vida. Tal vez no sepa expresarlo correctamente o tal vez ni yo misma supiese lo que me estaba pasando; sin embargo, sentía que dentro de mí algo no andaba bien.

Antes o después todos necesitamos resetear, bucear en profundos mares inciertos para encontrarnos y poder reconocernos, finalmente, frente al espejo. Cada vez mi voz interna era más intensa, siempre terminaba dando un paso hacia adelante y dos hacia atrás. La susodicha bien podría ser como agua de lluvia acumulada sobre el cristal de la ventana. Cada resbalosa gota me replicaba una y otra vez: "dentro de ti algo no anda bien".

Me llamo Clara y poco claras suelen ser mis ideas, más antes que ahora. Mártir de palabras por escuchar; extenuada tras cada suspiro, siempre cosas pendientes por hacer, por la razón que fuese. Siempre esencia otoñal, ascendiendo montañas y valles. Estaba ahogada en océanos de falso aire, estrangulada al callar y vivir episodios que no deseaba en mi vida.

Sí, me ahogaba en paños manchados con mi propia bilis. Alma vaciada cada noche, a la misma hora o bien a horas diferentes pero siempre volviendo a respirar, mecánicamente, tras cada despertar.

Un trabajo detestable, muchas horas y mal pagado. Matrimonio en la meseta de emociones y mis hijos, preocupados en no quedarse sin cobertura o jugar a escondidas a la consola.

No me considero "rara" al menos no más que cualquier hijo de vecino. Lo cierto es esa extraña, casi familiar sensación de tener lo justo y necesario para ser feliz y realmente no ser así. Tampoco estoy loca, no más que cualquiera que ve la luz por primera vez al venir a este mundo.

Muchas noches, amparada al abrigo de la madrugada, mi mente se ausentaba y más pronto que tarde volvía a darme cuenta del socavón abierto a mis pies y éste no se llenaba con nada. Me asfixiaba entre estas cuatro paredes; hogar, perfectamente imperfecto. Peculiar universo donde se cuecen habas de todo tipo y donde siempre deberás ser la perfecta señora. Una cara dentro y otra al salir por la puerta pero siempre y ante todo: ¡señora!.

Al final, inevitablemente, siempre llevarás contigo los problemas pues forman parte indisoluble de ti. No les importa si entras o sales, tampoco si la sociedad te ha colocado una etiqueta por el simple hecho de haber

nacido mujer. Perfecta madre, amiga y amante, perfecta hasta el más insignificante e imperfecto detalle. Necesitaba ser otra mujer; ni mejor ni peor, me bastaba con ser otra cosa que hiciese algo más que pasar de pesadas puntillas por la vida. Gritar; arder, volar, sonreír, sentir... llamar vida a mi vida y no desperdiciarla viendo pasar las estaciones como quien observa bandadas de pájaros cruzando el cielo.

La rutina se me hacía insoportable y queriéndolo o no me veía subiendo, constantemente, cuestas empinadas. Para más inri mis nudillos llamaban a la puerta de la desesperación y ésta se me abría de par en par. Viejas historias caducas, no pocos desvelos, añejos recuerdos y añejas vivencias. Todo eso y más salían a tropel por esa puerta entornada y cada vez me costaba más volver a cerrarla.

Me levanto a las siete de la mañana, preparo desayunos, llevo los niños al colegio, trabajo como secretaria en el sector naval. No tengo tiempo para comer en casa y en troques me sobra tiempo para darle vueltas y más vueltas a la cabeza. A última hora de la tarde, en una escapada, voy a recoger a los niños. A la noche preparo la cena; limpio, friego y a veces paso la plancha, entre otras muchas cosas de mujer, estigmas válidos a fecha de hoy, sin pronta caducidad y entonces siempre lo mismo: la consecuencia por ser mujer.

Siempre supervisada por un marido invisible, apoltronado en el sofá e incapaz de mover un dedo más allá de su trabajo como oficial de albañilería. Cada vez almacenaba más munición revolucionaria bajo mi piel de escamas. Me faltaban piezas de un rompecabezas incierto; no sabía cuales ni cuantas o de saberlo me daba miedo afrontarlo. Necesitaba cambios profundos, seguramente a todos los niveles no obstante tenía pánico saltar la barrera y enfrentarme al toro bravo llamado "consecuencias"; había demasiado en juego.

Por veces creía firmemente que se me estaba yendo la sesera, visitar a un especialista tomaba más cuerpo pero tampoco me atreví a pegar ese salto, debería dar demasiadas explicaciones. Una amiga me dijo: "vida tenemos una y hay que disfrutarla, échale vida a los años y no años a la vida". Muchas darían lo que no tienen por estar en mi situación, lo sé, pero ello no me consolaba, en absoluto.

Entonces apareció él. Fue como aire gélido en calurosas tardes de agosto. Río desbocado que inunda praderas y plantaciones de arroz, dejando grandes cosechas. Llegó a mi vida cuan vendaval sin medida y debo decir, en justa o desproporcionada medida que juntáronse hambre con ganas de comer.

Arrasó de un plumazo momento y concepto de mi realidad. Se llamaba Alejandro, como el conquistador macedonio. Fue pura casualidad, tal vez esas cosas del destino, acciones fuera de nuestro control con inciertas

consecuencias. Siempre vienen sin buscarlas, sin pedir permiso, atravesando tus pupilas para instalarse, cómodamente, en ellas.

Lo recuerdo como si fuese ayer. Yo estaba en el colegio recogiendo a los niños cuando su auto me golpeó por detrás. Fue como en una película romántica, el golpe no había sido importante pero me asusté por los niños. Salí furiosa ante la temeridad de aquel torpe conductor. Al verlo se me paró el corazón, intenté darle cuerda pero ni con esas se ponía en marcha. Jamás había sentido flechazo igual, ni siquiera por mi marido.

Durante unos segundos, en silencio, pude sentir el ardor de mi piel y tembleque de piernas, susurrándome al oído pecados sin penitencia. El resto del mundo había desaparecido, progresivamente. En mis ojos se desató la primavera y cada flor lanzó al pairo sus pétalos. Se marcharon los crudos inviernos y el sol, lozano, pintó una sonrisa ligeramente tonta. A él le pasó lo mismo. Os juro que hasta ese momento nunca había creído en eso del amor a primera vista.

Habían transcurridos unos días dese aquel accidentado encuentro. Su perfecto look, su voz, sus gestos y su todo soliviantaban mi cabeza cada noche, alterando cada átomo de mi ser. Tenía sus datos por el tema del seguro pero si os digo la verdad me quedé tan bloqueada que no me atreví a ir más allá. Imaginé esas películas donde el protagonista tiene posado en un hombro un ángel y en el otro un demonio. Ambos le dicen lo que hacer y después de mucho batallar suele ganar el segundo.

Era cierto, quizás no sabía lo que quería, indecisa grandilocuente que grita ¡blanco! y al rato, ¡negro!. Rematadamente confundida, sin concretar ni tirar en alguna dirección. Tal cual niña que desea tanto una piruleta que cuando se la compran no quiere abrirla, mejor conservarla como el mayor de sus tesoros. Entonces se da cuenta que así no podrá saborearla y pequeñas cosas se convierten en grandes problemas.

Tenía una lucha interna, sentíame culpable ante mi esposo y ante mis hijos; eso sin mencionar al resto de la familia. ¿Es pernicioso dejar volar la imaginación?, ¡aún sin ir más allá!. ¿Se puede romper el núcleo familiar sin ser la mala de telenovela?. De no poder compatibilizarse: ¿debe prevalecer tu felicidad sobre la de terceros?. ¿Debes aferrarte a lo tuyo y conservarlo aún añorando perderlo de vista?. Demasiadas preguntas, no quería darles vueltas hasta retorcerlas ni mucho menos responderlas. De hacerlo mi ceguera dejaría de ser tal y en consecuencia mi guerra interna continuaría hasta volver a ponerme en la mano una piruleta.

Aquel hombre, aquel desconocido, en apenas veinte minutos había puesto patas arriba mi mundo. En el fondo esperaba algo así, como agua de mayo. Cuan agujas moviendo, acompasadas, horas interminables. Esposa y madre, ¿infelizmente casada?, ¿felizmente infeliz?... de nuevo no me atrevía a responder y de nuevo prefería mirar para otro lado. ¡No podía

ser!, no podía hacerlo, por más desvelos que consumiesen mi alma y por más fuego que recorriese mi cuerpo: ¡no podía hacerlo!.

No sé bien la razón, tal vez una discusión, otra de muchas. Tal vez otro día de muchos o quizás más lágrimas amargas, mal saboreadas. El caso es que me dejé arrastrar como tronco corriente abajo. A lo mejor la guerra había concluido llevándose como juez y parte el gato al agua.

Despuntó un día hermoso, repleto de vida y lo marqué de rojo en el calendario. Aquella mañana escuché, sin venir a cuento, arpas y violines susurrándome al oído artes de coqueteo olvidadas, prendidas en cada nota.

Me armé de valor y lo llamé, nerviosa como una tonta quinceañera. Mis palabras tropezaban unas con otras, aparatosamente. A ratos me moría de vergüenza, ¡estúpida!, ¡estúpida!, ¿qué pensaría de mí?. Era yo aquella tonta quinceañera, Clara, tirando del pelo al chico que me gustaba. Mi primer novio aún sin saber el significado de esa palabra. Y mi primera nube tormentosa, bendita inocencia. Quedamos para tomar un café.

En la cafetería me aguardaba sentado a una mesa redonda y pequeña, sujetando el pocillo humeante con ambas manos. Llevaba traje a medida, color negro, corbata azul oscura y pelo engominado. A pesar de tener cierta edad aquel hombre era más atractivo que muchos veinteañeros. Nos saludamos con dos tímidos besos en las mejillas. Me senté, pedí y tras romper el hielo comenzamos a hablar de trivialidades. Eso fue al principio, poco a poco la conversación fue tomando peso y terminamos contándonos nuestras vidas. Fue como si nos conociésemos de siempre y me sentí tan cómoda que perdí noción del tiempo y obligaciones asociadas al susodicho.

También estaba casado y también infelizmente feliz; amarrado a un matrimonio de apariencias. No tenía hijos y trabajaba en un prometedor bufete de abogados laboralistas, del cual era socio. Cuando me preguntó por mi situación sentimental no quise mentir: casada y con niños. Por su expresión pareció no importarle, a fin de cuentas los dos estábamos en posiciones parejas.

Y entonces volvieron ángel y demonio a posarse sobre mis hombros. ¿Qué estábamos haciendo?. No sé él pero yo me sentía, hasta cierto punto, incómoda, culpable. Culpable de comenzar algo ilícito, prohibido, algo que no pudiese parar ni mucho menos controlar.

No obstante la báscula pesaba por igual, en gramos, sensaciones y hormigueos olvidados. Mi cuerpo era cuan remolino imparable que giraba y giraba, arrastrando mi corazón en el proceso. Se lo llevaba, bañado en espuma y bravo oleaje. ¿Qué tenía aquel hombre al que apenas conocía?, ¿cómo puede pasar algo así?, ¿es racional enfrentar cabeza contra

corazón?.

¡Madre!, esa soy yo. Jamás mujer, hembra castrada. ¡Trabajadora a tiempo completo!. Repudiada pasión, vengativa ella y después, en acto cumbre, tornada a bífida serpiente. En aquella cita furtiva había demasía química, tensión no resuelta que nos portaba a mundos sin imposiciones ni dedos acusadores ni bocas tapadas, cuchicheando.

Sentí inseguridad y excitación, miedo y emoción, culpa e ilusión. Sentí más en aquella primera cita "oficial" que en los años derramados hasta ese momento. No podía nadar contracorriente ni alcanzar una estrella para cubrir mi vergüenza con ella. Pasaron los días y nos fuimos viendo espaciadamente. Las distancias se acotaron por pura dependencia, el uno del otro. Y así comencé a mentir o mejor dicho: a ocultar y ocultarme. Debíamos guardar apariencias, extremar las precauciones, había mucho en juego y lo sabíamos.

Para él no estaba siendo fácil, para mí tampoco. De cualquier forma, con culpa o sin ella comenzamos a vernos más, sentirnos vivos, viviendo una vida secreta que no nos pertenecía por ley. Creo que mi marido nunca sospechó nada, al menos no al principio. Era inevitable y pasó lo que tenía que pasar. Mi piel se encendió como fuego en la chimenea, quemando troncos ávidos de calor y mi cuerpo se rebeló contra toda resistencia. Quiso liberarse por unas horas, experimentar y sentir el roce de otro cuerpo aún más ardiente. En la habitación de un hotel dimos rienda suelta a la pasión, desenfrenada e irracional, consumiéndonos sin medida.

Aquel varonil hombre, mi conquistador macedonio, me hacía enloquecer con su experto dominio del arte amatorio. Volví a sentirme deseada, hembra otra vez, rejuveneciéndome con besos y caricias. Era cuan hábil conquistador, explorando mis recovecos de mujer infiel.

La cuerda pasión se alargó por meses, manteniendo engañados a todos con pequeñas y grandes mentiras. Caminábamos sobre la cuerda del funambulista, dando cobijo a dos sensaciones cada vez más desbalanceadas: culpa y pasión.

No podía ni deseaba evitarlo, me sentía más yo que nunca. Pensad en ello como si se tratase de arenas movedizas, cuanto más te resistes más rápido te hundes. Quizás no podáis entenderme, a fin de cuentas no sabéis nada de mí. Otros criticaréis mi proceder y tal vez con razón o sin el "tal vez".

Esa aventura habíame devuelto las ganas de vivir, volvía a ser mujer y volvía a ser feliz. Felicidad encubierta sí; sin embargo, quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. ¿Ilusionada ante un pecado buscado?: ¡también!. He aquí la manzana de Eva y he aquí que ambos dimos un

mordisco, sin rechazar posterior condena.

Así pues, bailando sobre un canto, fui cayendo en la cuenta de lo que somos: carne y hueso. Todos con un único corazón para bombear emociones, no para latir sin más. Mi día a día había experimentado un giro inconcebible hasta aquel momento. El aire se fue llenando de tirabuzones y piruetas imposibles. Perdí sentido y razón, realidad y fantasía y ¿sabéis? ¡no me importó!.

El cuidado y planificación del principio pasaron a ser encuentros sin reparos, alocados, dinamitando las paredes de nuestros cuerpos, descaradamente. Éramos dos amantes ardientes presos de sus instintos más bajos pero también reos del enamoramiento, sin escusas ni pretextos.

Al tiempo fui, en cierta medida, descuidando el trabajo, mis obligaciones en casa y a mis amigas. Mi marido no perdía oportunidad para echarme en cara eso y otras cosas. ¿También olvidaba a mis hijos?: ¡por supuesto que no!. Entonces... ¿Era Alejandro una mala influencia?, ¿lo era yo para él? o ¿éramos dos animales chapoteando en el desenfreno?, sin importar nada más.

Tal vez no haya culpables, ni ahora ni antes, ni nunca. Las cosas vienen como vienen, normalmente cuando menos se las espera y suelen hacerlo con tal ímpetu que ponen patas arriba nuestro mundo, ese que creíamos conocer tan bien y del que estábamos tan seguros.

Sinceramente no me arrepiento de nada, al menos no lo suficiente. Recordaré aquellos lunes como improvisados domingos y éstos fiestas de guardar. Si he de expiar mis pecados lo haré, de hecho lo llevo haciendo mucho tiempo. Bastante condena era arrastrar por la cuesta de la vida esta piedra que antes o después volvería a mí. Sin ayuda, sin objetivos, sin más golpecitos en la espalda que los que yo misma pudiera darme. Vacía, así me sentía por noches y días lineales, hueca hasta lo más extenso de la palabra. Y lo afrontaré desde la confianza de haber sido yo misma, con virtudes y defectos.

Fui yo, al menos una vez y por una vez pensé en mí antes que en los demás; ¿tan grande es mi culpa?.

Dicen que lo bueno si breve dos veces bueno, nunca entendí semejante estupidez de frase. El caso es que un aciago día Alejandro desapareció de mi vida. Dejó de acudir a nuestras citas, de contestar mis llamadas y responder mis mensajes. Creí volverme loca. El mundo puesto a mis pies, engalanado en oro y plata, se desplomaba imparable. No hallaba forma de saber de él, de saber si estaba bien, si algo de mí le había molestado, si

se había cansado de mí..

Pasaron por mi cabeza miles de cosas, millones y ninguna positiva. Una noche, llorando a escondidas de mi marido recibí una llamada. Era su esposa, eso di por hecho. En el cuarto de baño se me partió el alma en dos y ambas partes se separaron tan rápido que no pude unirlas. Me temblaban las manos y el corazón. Entonces la negrura de mis días se espesó, volvió para dejarme bien claro que mi vida era otra, debía ser otra, por fuerza.

Alejandro había fallecido en un trágico accidente de tráfico. Sentada en el inodoro, destemplada, nadando en el mar del norte escuché a su esposa lamentar que yo no fuese con él. Aquella voz rota sonaba lejana, iba y venía. Seguramente la negrura también había comenzado a moldear su nueva realidad, por dentro y por fuera.

Yo era perfectamente consciente, mi felicidad de aquellos meses pasaba a ser su infelicidad, eso podía entenderlo como también entiendo que no mandamos en los sentimientos. La escuché sin decir palabra alguna y creí, en esos largos minutos, ser un borrón sobre la pared, mal pintado, borrón que debía ser repintado. Mi llanto se entremezclaba con el suyo, despechado, imposibilitado para el perdón. Después de todo éramos dos mujeres heridas, por diferentes motivos pero ambas de luto. El peso del mundo habíame aplastado y devuelto las sobras de mis actos.

A los dos días pude confirmar la peor de las noticias; su fallecimiento. No me había mentido. Se me volvió a helar la sangre por segunda vez y volví a nadar, desnuda, en aquel mar gélido que me escupía a la cara toda cuanta consecuencia quise obviar.

Un viaje de trabajo y un camión sin frenos habían marcado su destino y el de dos mujeres, por siempre. Murió prácticamente en el acto. ¿Qué sentiría en esos últimos instantes?, ¿me pensaría?, ¿me extrañaría? ¿o vería pasar su vida en diapositivas?.

Una parte de mí había cesado de respirar aquel día, atrapado entre el amasijo de hierros, buscando su mano para tomarla y morirnos juntos. De la forma más cruel e injusta se abortó mi necesidad por su piel bronceada y su aroma a hombre; elegante, educado, guapo y viril.

Alejandro, mi particular droga macedonia, insertada en lo más hondo de mis venas. Tú, escandaloso brasero, ninguno en comparativa y encendido bajo mi cuerpo ardiente, imposible de apagar. La tormenta perfecta volvió a anidar sobre mí, girando alrededor cuan bandada de buitres, esperando cese de toda resistencia para degustar esta extinta vida.

Debí adaptarme cuan camaleón a la realidad, entre claroscuros, que se me abría con vorágine. Retornar a aquella vida familiarmente imperfecta.

¿Podría haber mayor penitencia?. Regresar al anteayer o al día anterior, como si nada hubiese pasado. Sin poder olvidar, esa era la parte más dura. Salir del fuego para caer en brasas apagadas, nuevamente caminando hacia atrás. Pero pasó e inevitablemente un antes y un después quedó marcado en aquel calendario deshojado.

Jamás podré olvidar aquellos meses. Muchas veces lloro en silencio y sufro la agonía del recuerdo, llamándolo en sueños al caer la noche. Alejandro, mi conquistador macedonio. Esta honda pena me consumirá, de hecho ya os dije que se llevó parte de mí. Quizás mucho o quizás poco pero ahí está.

Nunca pensé que pudiera pasarme esto, ni siquiera lo busqué o no fui consciente de hacerlo. Son pensamientos, detalles, ¡cosas que le pasan a los demás!. Surgió, vino de a pocos y arrasó con razonamientos dados por ciertos. ¡A mí eso nunca me pasaría!, así empieza.

No niego mi parte de culpa, la asumo pero tampoco niego la dicha de aquellos meses. Estar más viva que nunca, sentirme amada, querida y sentirme mujer. Alguien que me valoraba como persona; más allá de pasar la fregona, criar a los niños o hacer la compra.

Antes del fatal accidente habíamos quedado, deseaba verlo más que nunca. No iba a ser una cita romántica como las anteriores; al menos no al principio. ¡Primero le hablaría de mi embarazo!.

FIN